

Rumbo al bicentenario del inicio de la Independencia

Visiones y revisiones de la historia

Freire Rodríguez Saldaña*

I

Más allá del debate actual centrado en las definiciones de la identidad en cuanto a elementos locales, regionales, nacionales o globales, lo cierto es que gran parte del sentido de pertenencia a un país que ha sufrido algún tipo de dominación extranjera está íntimamente ligado con uno de los acontecimientos más importantes en su calendario histórico: la independencia. Esa lucha libertaria que ha dado origen a nuevos países transformando constantemente la geografía política mundial, si bien ha tenido múltiples orígenes, causas y procesos, se identifica por la búsqueda de cambiar la condición de colonia respecto a la metrópoli. En ese sentido, los Estados nacionales refuerzan su nueva condición de independientes a través de la construcción de un sistema de símbolos que sea universal a una colectividad y, por ende, que la remita a un origen y destino común. Himnos, banderas y escudos son elementos que sintetizan, al menos oficialmente, la identidad nacional y son, en esencia, los componentes principales de los rituales sociopolíticos diseñados con el propósito de cohesionar a una sociedad, disímbola en su composición, alrededor de un discurso unificador. Ceremonias cívicas de todo tipo, escenificaciones de batallas gloriosas, honores a la bandera, narración de historias que dan cuenta de actos supremos de valor, discursos conmovedores y políticamente aleccionadores, así como cantos

solemnes de himnos, son algunos de esos fundamentos que componen el rito que pretende reinventar de manera permanente la memoria y el ser nacionales.

En México, el 16 de septiembre se conmemora el inicio de la guerra de Independencia, lo que, curiosamente, no ocurre con la fecha de su consumación. Esta efeméride sin duda representa el mito fundacional de la patria. En la noche del "grito", como se le conoce oficial y popularmente, los mexicanos se reúnen en todas las plazas políticas del país, incluso en el extranjero, a fin de recrear "el grito de Dolores", que fue el llamado del cura Miguel Hidalgo y Costilla para dar inicio a la lucha contra "los gachupines", es decir, contra el poder español peninsular que impedía un control y desarrollo de la economía acorde a los intereses criollos. Se ondea la bandera, se mencionan algunos de los nombres de los héroes patrios que participaron en el levantamiento y en consecuencia, claro está, se les dedican "¡Vivas!" El líder político en turno hace sonar, en su caso, una réplica de la "campana de Dolores" (que en realidad es un esquilón —el original pende en un balcón del Palacio Nacional, en el Zócalo de la ciudad de México) y aprovecha la ocasión para convocar al pueblo a la unidad. Este rito se reproduce cada año y representa un buen termómetro para tomar el pulso del nacionalismo entre los ciudadanos. Ahora bien, en 2010 se cumplirá el bicentenario del inicio de la guerra de Independencia y el país entero se volcará en festejar de mil y una formas tal acontecimiento, que sin duda será una buena oportunidad para ejercitar el músculo de la memoria histórica. Por otro lado, dada la importancia de la fecha, sería deseable que su debate permeara en diversos espacios sociales, a modo de reflexionar acerca de los personajes y su circunstancia, los hechos y sus interpretaciones, y el proceso y sus resultados. A propósito de ello, en esta oportunidad presentamos el análisis de algunas conclusiones surgidas de un estudio de público realizado en San Miguel de Allende, Guanajuato, practicado con el objetivo de indagar entre la población sus conocimientos, percepciones y opiniones acerca de nuestro acontecimiento histórico más importante.

Si bien el tema de las identidades estará presente en el planteamiento y debate sobre el tratamiento museístico a efectuarse en el bicentenario de la Independencia, aquí únicamente hacemos referencia a él al haber sido mencionado por los entrevistados y sin dejar de observar que su esencia se encuentra en constante reconstrucción.

II

Los estudios de público en museos son hasta ahora una de las herramientas de mayor consenso entre los profesionales dedicados al ejercicio museístico, y se efectúan para construir espacios más activos y cercanos a las necesidades culturales de la sociedad. Estos estudios se inscriben en la democratización de la cultura, concepto que es uno de los ejes funda-



Arriba y páginas siguientes Interiores de la Alhóndiga de Granaditas, Guanajuato **Fotografías** Gliserio Castañeda

mentales dentro de la gestión contemporánea de los museos y que contempla cambios de paradigmas que implican, en lo que ahora nos atañe, transformaciones entre la vieja y nueva museología y los discursos historiográficos.

Conocer las expectativas, percepciones, imaginarios, falsas ideas, síntesis y relaciones de información, entre otros procesos cognoscitivos que los visitantes de museos realizan en su recorrido, sirve para adecuar la oferta museística y dimensionar su impacto en la realidad cultural, social, política y económica.

Sabemos que el tema de la Independencia de México es polémico y significativo para la sociedad en su conjunto, por el sentido de origen que guarda. Más allá de sus usos políticos, la historia nos remite a la identidad nacional, la cual, además de desarrollarse en la diversidad cultural, se halla inmersa en una dinámica global que, contradictoriamente, permite revalorar aspectos locales que apuestan por no ser absorbidos por la corriente hegemónica. Bajo este contexto, como estudiosos de los públicos, debemos analizar la cuestión de las identidades emergentes.

Aunque en la actualidad vemos manifestaciones y valores particulares entre los rasgos de identidad (local, regional, urbana, indígena, rural, entre muchas otras), no podemos negar que a ello se superpone el "ser mexicano", factor reconocido por los visitantes a los museos como cohesionador histórico. Mostrar cómo se ha ido conformando a lo largo del tiempo ese carácter, cuáles son sus símbolos esenciales a fin de exhibirlos y descifrarlos en el espacio museístico, es

un reto que se debe abordar con una mirada actual que busque proyectar cómo desde lo local se conforma lo nacional, global o universal en un ejercicio de retroalimentación. Este planteamiento es contrario al realizado en los museos públicos de arqueología, antropología e historia hasta mediados del siglo xx, cuando se planteó un discurso universal-nacional que iba de la creación del universo a la Revolución mexicana –tal discurso también es conocido como del "Big Bang al ban-ban"–. La explicación que entonces se construyó de la realidad planteaba la historia nacional-oficial retomando algunos elementos regionales o locales; así lo universal explicaba y englobaba lo particular.

Si en México hay actos cívicos, militares y comerciales que nos envuelven en

la renovación de las distintas formas de ser mexicano, esa diversidad de ensalzamientos se da también en los públicos de museos, con tipologías conformadas por rasgos de cultura, economía, género, edad, lugar de residencia y educación, aspecto este último que es la comprobación de que en los museos los extremos se tocan: el ejercicio nos permitió entrevistar a personas que mostraron un amplio conocimiento del tema, haciendo incluso un esfuerzo por sintetizar el momento, de enlazarlo como proceso y de construirse una visión particular del mismo, y a otras que no contaban con instrucción alguna y que no tuvieron opinión sobre las causas, los personajes y los hechos. Tales constantes hacen necesario crear estrategias de comunicación diferenciada, reforzar la información clave a lo largo del recorrido y aplicar otros lenguajes museográficos que contemplen la variedad de los públicos de museos.

Otra constante que fue observada a lo largo del análisis de los resultados radicó en las lecturas críticas. Al llamarlas críticas nos referimos a miradas de la historia que construyen los propios visitantes, que van más allá del discurso oficial en oposición a las ideas calificadas como alienadas, carentes de interpretaciones individuales. En cuanto a las primeras, los entrevistados opinaron sobre las condiciones que padecieron los grupos indígenas y el papel que jugaron los criollos en su búsqueda de más poder económico y político —dentro de estas voces encontramos algunas para las que la Independencia no ha terminado, asegurando que ahora somos más dependientes y que sólo cambiamos de amo.

En lo que toca a las lecturas alienadas, nos encontramos con datos aislados, todos ellos apologías de las gestas heroicas. Entre la diversidad de estos públicos hubo quienes dieron información general a modo de meras referencias, sin expresar juicios sobre el proceso o continuidad de los hechos; recurrían a las batallas, al "grito" y a ciertos próceres. Asimismo, hallamos planteamientos surgidos de referencias falsas o distorsionadas —en este segmento recibimos afirmaciones que aseguraban que nos habíamos independizado de Francia o Estados Unidos o incluso de la Nueva España; que en su captura Morelos fue decapitado; que por medio de la clave morse la Corregidora alertó a un Allende campesino para que éste, a su vez, alertara a Hidalgo y diera inicio la Independencia; o que el propio Hidalgo participó en la integración del ejército Trigarante—. Estas percepciones demuestran que la enseñanza de la historia en el sistema educativo nacional no es constructivista,¹ y que ni siquiera —sin generalizar— permite acceder a



una conciencia clara del pasado y sus procesos; es aquí donde el museo, como educador no formal, puede incidir en la divulgación de la historiografía desde diferentes tratamiento y ópticas.

Otro de los elementos que es necesario abordar para la adecuada comprensión del discurso museístico es el de la ubicación espacial y temporal en que se desarrolló el hecho histórico. En el caso de la lucha de 1810 notamos que, a pesar de que año con año el episodio se celebra, su fecha de inicio es para muchos desconocida. Por lo demás, sorprende que en ciertos segmentos exista una confusión entre la Independencia y la Revolución —ni qué decir del final de la gesta: la información respecto a ese lapso es casi nula—. Como evidencia de la falta de datos y enfocándonos en los escenarios de campaña, el grueso de los visitantes sólo mencionó Dolores y la Alhóndiga de Granaditas, relación espacio-tiempo que para ampliarla en su justa dimensión requiere de un complejo tratamiento museal.



Hemos hablado de hechos, tiempo y espacio, y apenas tocamos a los protagonistas. Sobre ellos nos interesó indagar, en principio preguntando sus nombres. Los más mencionados fueron Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, José María Morelos y Pavón, Josefa Ortiz de Domínguez y *el Pipila*, lo que nos habla de un conocimiento general; a algunos les cambiaron el nombre, utilizando combinaciones como Josefina Ortiz o Miguel Allende, y otros se convirtieron en insurgentes, como Benito Juárez y los Niños Héroes. También se citaron, varios sólo por el apellido, a Aldama, Agustín de Iturbide, Ezequiel Montes, Rayón y Guerrero. La propuesta de los públicos para el tratamiento de los personajes fue verlos como humanos, hombres y mujeres de carne y hueso de los que se quiere conocer algo sobre sus motivaciones, su familia, su indumentaria, sus pertenencias, sus hazañas y los vínculos entre ellos. Del mismo modo se desea saber del papel jugado por el pueblo y cómo era la vida en esa época, lo

que preferirían conocer mediante recreaciones —hubo solicitudes más específicas como la lápida del *Pipila*, la campana de Dolores, libros que leyeron o escribieron los independentistas y, sobre todo, más objetos de los próceres en su lugar de influencia.

Las propuestas de los entrevistados para conmemorar el bicentenario fueron diversas. Se propuso información más veraz y actualizada, acompañada de obras de teatro relativas a las conspiraciones; además, que los espacios de exhibición sean propicios para la interacción —"que haya botones para tocar, videos", "que sean más llamativos los museos"—. Por otro lado, se sugirió dar mayor importancia a la parte final del proceso de Independencia, que haya visitas guiadas muy bien explicadas —aunadas a muestras itinerantes por comunidades alejadas— y que la entrada a los recintos no se cobre, partiendo de la idea de que el patrimonio es un bien de pertenencia colectiva. Por último, hubo quien dijo que la recreación del "grito de Dolores" en 2010 podría ser protagonizada por un verdadero sacerdote que, como Miguel Hidalgo, a diferencia de los políticos, representa a un verdadero "protector del pueblo": reminiscencias del enfrentamiento sangriento entre Iglesia y Estado escenificado en esas tierras del Bajío.

Las significaciones que se otorgan al movimiento independentista también guardan variantes. Para algunos es llanamente un hecho que alimenta al compendio de la historia del país; para otros es sinónimo de libertad y, en el extremo, los más jóvenes señalaron que es un buen pretexto para la fiesta. Sin embargo, hay quien tuvo una postura poco más profunda en tanto mencionó que la lucha fue contra el sometimiento, que conquistó garantías individuales y que es un legado al pueblo, ubicándola como el origen de nuestro país.

Estos breves apuntes no tienen otro afán que advertir sobre la necesidad de indagar entre los públicos sus visiones de la historia, a modo de revisar, en consecuencia, los planteamientos y la difusión de los estudios historiográficos, lo que involucra a aquellas instituciones de todos los niveles y géneros encargadas de difundir el patrimonio del país. Eso incluye a los museos ❖

Nota

¹ Teoría del proceso cognitivo que sostiene que cada individuo construye su particular modo de pensar, de conocer, de un modo activo, como resultado de la interacción entre sus capacidades innatas y la exploración ambiental que realiza mediante el tratamiento de la información que recibe del entorno.

* Sociólogo, JEFATURA DE ESTUDIOS DE PÚBLICO-CNME